

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 88.

COMUNICACIÓN, ESPACIO PÚBLICO Y DINÁMICAS INTERCULTURALES

SOBRE LA VIABILIDAD DE LA
DEMOCRACIA.
Lecciones de la posguerra iraquí.

Manuel R. Torres Soriano

Sobre la viabilidad de la democracia

Lecciones de la posguerra iraquí

Manuel R. Torres Soriano

Profesor de Ciencia Política y de la Administración. Departamento de Derecho Público.
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla
mrtorsor@upo.es

RESUMEN

El propósito de este artículo es realizar una reflexión sobre la viabilidad de los procesos de democratización en países que carecen de una trayectoria previa de formas políticas basadas en el pluralismo político y la representación ciudadana. En la historia más reciente de Irak podemos encontrar un ejemplo paradigmático de los factores que explican el éxito o el fracaso en los procesos de implantación y consolidación de la democracia en el mundo. Se analizan algunos factores de la estructura social, política y económica del país, que no sólo contribuyen a explicar el desarrollo de los acontecimientos durante la ocupación occidental, sino que también ayudan a contemplar cómo la democratización de Irak era, y sigue siendo, un objetivo inviable a corto y medio plazo.

Palabras clave: Transición, democracia, Irak, ciudadanía, estructura del Estado

La invasión estadounidense de Irak en marzo de 2003 y el posterior periodo de ocupación han sido objeto de multitud de análisis, estudios e investigaciones desde los más diversos enfoques políticos, académicos o periodísticos. Una gran mayoría de esta avalancha bibliográfica tiene su denominador común en considerar que la empresa estadounidense ha fracasado estrepitosamente en el logro de sus objetivos. Más allá del análisis de las motivaciones de la intervención militar americana, dicha acción ha sido interpretada como un claro ejemplo de una fatal sucesión de errores cometidos desde los

diferentes ámbitos del planeamiento de la intervención militar y de la gestión política y de seguridad de la ocupación. Un cúmulo de fatalidades que no sólo ha evaporado la esperanza de que los principales objetivos que la Administración Bush se planteó al inicio de esta guerra puedan alcanzarse en un periodo de tiempo razonable, sino que incluso se contempla con creciente escepticismo que el legado que deja tras de sí Estados Unidos sea menos peligroso desde la óptica de su propia seguridad y de sus intereses estratégicos.

Existe un amplio consenso (Byman, 2005; Hoffman, 2004; Singer, 2007; Bergen & Cruickshank, 2007; Anonymous, 2004) a la hora de señalar algunos de los principales factores que han desencadenado esta debacle:

- La deficiente inteligencia disponible sobre este país y posterior manipulación partidista.
- La ausencia de un plan coherente sobre cómo gestionar la ocupación.
- La escasez de efectivos militares para garantizar la seguridad.
- La desastrosa decisión de la Administración provisional norteamericana (Coalition Provisional Authority) de decretar el desmantelamiento del partido Baaz y el Ejército iraquí.
- La “miopía” a la hora de identificar y neutralizar, en sus primeras etapas de surgimiento, a un amplio movimiento insurgente.
- El pernicioso efecto de externalizar el esfuerzo de la guerra recurriendo a contratistas privados.
- El “inoportuno” momento elegido para abrir, en plena “Guerra contra el Terror”, un nuevo frente en el mundo musulmán, consiguiendo así que el terrorismo yihadista pudiese cobrar nuevos bríos a través de la validación de su discurso y el fortalecimiento de su capacidad de reclutamiento.

Si bien queda fuera de toda duda la importancia de estos factores para propiciar por sí solos el contexto en el cual se asienta el fracaso de los planes norteamericanos en Irak, no debe perderse de vista que todos estos errores forman parte del ámbito de la decisión política, y, por lo tanto, ninguno de ellos era inevitable. Sin embargo, una cuestión muy diferente es preguntarnos si el balance de la intervención estadounidense hubiese sido muy diferente si se hubiesen adoptado las decisiones correctas en cada etapa. Aunque la respuesta a esta cuestión es inevitablemente especulativa, podemos aventurar que ese escenario hipotético no hubiese sido necesariamente muy distinto al actual. Los múltiples análisis realizados en los últimos tiempos sobre “qué falló”, raramente contemplan una serie de factores “estructurales” que han sido determinantes en el desenlace de los acontecimientos. Se trata de un conjunto de elementos firmemente arraigados en la realidad de este país árabe, los cuales limitan y condicionan la actuación y objetivos de cualquier actor político, y que, por lo tanto, difícilmente podían haber sido anulados por una

gestión política más astuta por parte de Estados Unidos. En este sentido, la importancia de algunos de estos elementos, no sólo debería haberlos convertido en los ejes en torno a los cuales debería haber girado la intervención estadounidense, sino que deberían haberse convertido en los auténticos referentes a la hora de entender qué metas eran factibles en Irak, y cuáles no. En ese trabajo nos centraremos en una de las metas más ambiciosas planteadas por la Administración Bush para este país árabe: la implantación de un régimen político democrático.

El propósito de este artículo es realizar una reflexión sobre la viabilidad de los procesos de democratización en países que carecen de una trayectoria previa de implantación de formas políticas basadas en el pluralismo político y la representación ciudadana. Utilizaremos un concepto instrumental de democracia como conjunto de reglas, instituciones y procedimientos políticos a través de los cuales los ciudadanos expresan regularmente su voluntad política (Diamond et al., 2003).

En la historia más reciente de Irak podemos encontrar un ejemplo paradigmático de los factores que explican el éxito o el fracaso en los procesos de implantación y consolidación de la democracia en el mundo. A lo largo de este trabajo analizaremos algunos factores de la estructura social, política y económica de Irak, que no sólo contribuyen a explicar el desarrollo de los acontecimientos durante la ocupación occidental de este país, sino que también ayudan a contemplar cómo la democratización de Irak era, y sigue siendo, un objetivo inviable a corto y medio plazo.

UNA FRÁGIL IDENTIDAD POLÍTICA DENTRO DE UNA SOCIEDAD FRAGMENTADA

Los planes más ambiciosos y optimistas de la Administración Bush para el Irak posterior a Sadam incluían la implantación de un régimen democrático pleno capaz de iniciar por mero contraste un proceso de transformación política en una región plagada de autoritarismos políticos. Los arquitectos de esta intervención militar partieron de la idea de que la seguridad nacional del país estaba intrínsecamente vinculada con la difusión de la libertad política en el mundo. Según el presidente George W. Bush:

“En la medida que la libertad se arraigue en Irak, inspirará a millones en todo Oriente Medio a reclamar también su libertad. Y cuando en Oriente Medio aumente la democracia, la prosperidad y la esperanza, los terroristas perderán a sus patrocinadores, perderán a sus reclutas y perderán la esperanza de convertir esa región en una base de ataques contra Estados Unidos y nuestros aliados en todo el mundo” (Bush, 2005).

Aunque no puede descartarse que dichos proyectos debidamente publicitados tuviesen una importante finalidad de “consumo interno”, lo cierto es que tras esa pretensión podemos detectar una creencia sincera que bebe directamente de los principales postulados de la ideología neoconservadora. Dicha doctrina política, compartida y defendida abiertamente por un numeroso grupo de destacados miembros de la Administración estadounidense, desempeñó un papel decisivo a la hora de moldear los objetivos y procedimientos de la intervención americana en este país árabe (Torres, 2007). Los neoconservadores tienen una respuesta contundente acerca del tradicional debate teórico sobre las condiciones que hacen factible la instauración de un régimen político democrático. Según este planteamiento, todo hombre, por encima de sus diferencias culturales, religiosas o sociales, alberga una misma aspiración a vivir en libertad. En ese sentido, el principal factor que ha impedido la extensión a lo largo del planeta de la democracia es la existencia de regímenes tiránicos que llevan a cabo un esfuerzo continuado para ahogar y someter la tendencia natural del hombre hacia la libertad y la paz.

Desde la óptica de los neoconservadores de la Administración Bush, el principal, o prácticamente único, factor que impedía el triunfo en Irak de la libertad política era el régimen dictatorial de Sadam. Según esto, una vez que fuesen desmantelados los instrumentos represivos y del control social del régimen baazista, la democratización del país sería un proceso espontáneo e inevitable. Esta simplificación neoconservadora no sólo zanja por completo alguna de los principales interrogantes del tradicional debate teórico sobre las causas que explican la emergencia y desaparición de la democracia en el mundo, sino que incluso desprecia algunas de las principales evidencias empíricas existentes sobre los factores que contribuyen a la democratización.

Especialmente relevante es, por ejemplo, su desinterés hacia un modelo analítico especialmente popular en la comunidad intelectual estadounidense, como es el de la “modernización” (Inglehart et al., 2009; Jerch, 2008). Según esto, el proceso de transformación social vinculado al desarrollo económico de una sociedad origina una serie de cambios que favorecen y contribuyen a la viabilidad de la democracia. Así por ejemplo, la industrialización y el desarrollo económico inciden en la urbanización de la población, la especialización profesional, el aumento de los niveles educativos y de la esperanza de vida, pero sobre todo origina un continuo reforzamiento de la autonomía individual, de sus deseos de autorrealización y de su independencia frente al poder político. El cambio social y cultural provocado por la modernización genera un tipo de ciudadano dispuesto a involucrarse en la consecución de una serie de bienes de carácter colectivo, que van más allá de la propia supervivencia individual, y que, por tanto, genera una base de confianza mutua y de altruismo imprescindibles para que las instituciones democráticas puedan funcionar con normalidad.

En el Irak de 2003 podían detectarse fácilmente una serie de elementos de su estructura social y política que, lejos de facilitar el aperturismo político, constituían por sí mismos poderosos motivos para dudar de la viabilidad de un proceso espontáneo e inmediato de democratización tras la desaparición de Sadam. Las ensoñaciones neoconservadoras tuvieron que hacer frente a la realidad de una sociedad fragmentada y devastada por varias guerras, un duro sistema de sanciones internacionales y una desastrosa gestión política. Al abrigo del aumento de los precios del crudo, durante la década de los ochenta Irak había llegado a convertirse en una de las sociedades más prosperas y desarrolladas de la región. Sin embargo, sus considerables niveles de alfabetización, de prestación de servicios asistenciales, e incluso el desarrollo de una incipiente clase media, se habían convertido en un mero espejismo tras las enormes pérdidas acumuladas tras la guerra con Irán, la debacle militar de la Guerra del Golfo y el sometimiento a más de una década de sanciones que habían devuelto el país a sus peores niveles de atraso social y miseria.

Sin embargo, no ha sido el deficiente desarrollo material el factor determinante que explica la escasa idoneidad del pueblo iraquí como motor de democratización, sino que ha sido la ausencia del propio concepto de sociedad iraquí lo que lastraría los planes estadounidenses. La idea de una única comunidad política iraquí es bastante novedosa en términos históricos. El trazado de las fronteras y la conformación de la población que convivirían bajo una misma comunidad social y política obedecen a la lógica de la colonización occidental y no tanto a la culminación de un proceso histórico de afirmación identitaria. De hecho, buena parte de la conformación de la actual identidad nacional iraquí se había construido sobre la base de los mitos erigidos en el proceso violento de independencia frente a la colonización británica en 1920 (Lukitz, 1995), y no tanto sobre la emergencia de unos rasgos diferenciadores frente al resto de identidades nacionales de la región. No obstante, esto no hubiese supuesto ninguna dificultad insalvable en el proceso de construcción de una comunidad política coherente que sirviese de base a un Estado moderno. En la propia región del Golfo es posible encontrar numerosos ejemplos de proyectos nacionales que han prosperado desde un punto de inicio mucho menos favorecedor que el de Irak, como es el caso de Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, etc.

El principal problema se hallaba en el proceso de “destrucción nacional” sobre el cual se había reforzado el régimen de Sadam Hussein. El dictador iraquí había fortalecido su dominio político, especialmente en sus momentos más difíciles tras los fracasos militares, incentivando el enfrentamiento entre los diferentes grupos e identidades existentes en el país. El régimen no sólo había anulado cualquier tipo de asociacionismo, diferente al de la pertenencia al partido único Baaz, sino que en una aplicación perfecta del clásico “divide y vencerás”, Sadam había empleado los recursos del poder para ahondar las brechas

existentes dentro de una de las poblaciones más heterogéneas de la región. Dicho acto había ahondado no solamente los ya de por sí profundos *cleaveages* religiosos, sino todo tipo de diferenciaciones étnicas, tribales y políticas que habían sido espoleadas circunstancialmente y de manera violenta (Byman, 2008). La persecución de la disidencia adquirió en ocasiones, como en el caso de los kurdos del norte o los chiíes del sur, el carácter de genocidio, lo que terminó incidiendo en la consolidación de unas identidades políticas diferenciadas. En el caso de los kurdos, la imposición de una zona de exclusión aérea por parte de Estados Unidos había convertido el norte de Irak en una región semiautónoma desligada *de facto* del Estado iraquí.

Si bien es cierto que Sadam había logrado sus objetivos evitando la formación de movimientos cohesionados que pusieran en peligro su poder, el resultado había sido la desintegración de cualquier tipo de confianza mutua y de sentimiento a una misma comunidad. Una realidad agravada por la formación de múltiples identidades dentro de Irak, construidas sobre la base de elementos primarios de adscripción religiosa, étnica o tribal. La paupérrima situación del Estado iraquí durante los últimos años del régimen baazista lo había convertido en una entelequia cuyas capacidades se limitaban a ejercer la represión política y alimentar el privilegio de un reducido grupo de adeptos. En consecuencia, la dependencia de la sociedad hacia el Estado y, por tanto, hacia la idea de una entidad política superior, se había disipado progresivamente, y con ello la posibilidad de una construcción política futura que orbitase sobre la existencia de una única comunidad con unas metas compartidas.

Esta patología se extendía igualmente a la disponibilidad de los recursos humanos sobre los cuales se erigiría la nueva clase política democrática. Sadam había llevado durante décadas una activa política de decapitación o reclutamiento de cualquier individuo que mostrase unas mínimas dotes de carisma o liderazgo sobre sectores de la población. El resultado era que dentro de Irak no existían unos líderes políticos conocidos, con implantación popular y exentos de vínculos con el régimen de Sadam. La generación de esas personalidades exigía de un prolongado periodo de tiempo para sacar del anonimato, forjar y legitimar una nueva clase de gobernantes. Esta circunstancia fue ignorada por la Administración estadounidense, la cual decidió crear con carácter inmediato un Gobierno iraquí interino con cierto carácter de representación popular. Sin embargo, este Consejo de Gobierno Iraquí (IGC) tendría consecuencias catastróficas para la consolidación de la nueva etapa política (Pollack, 2006). Buena parte de sus líderes fueron cooptados desde el exilio, bajo criterios de afinidad política con la Administración estadounidense, lo que hizo que su arraigo en la población y la percepción de su legitimidad fuesen escasos o nulos. Algunos de ellos, incluyendo los de origen interno, fueron tremendamente corruptos, y utilizaron el poder para acaparar los puestos estatales con miembros de sus facciones, o infiltrar sus respectivas milicias dentro de las fuerzas de seguridad del Estado. No escasearon aquellos que aprovecharon su nueva autoridad para emprender la perse-

cución y el arrinconamiento de sus rivales políticos como, por ejemplo, el favorito de la Administración Bush, Iman Chalabi, que utilizó el control sobre el programa de *desbaatización* para excluir a amplios sectores de la población suní del nuevo Gobierno.

Un buen número de miembros de esta nueva clase política aprovechó el poder para avanzar hacia la consecución de objetivos particularistas, que no sólo no tenían nada que ver con la reconstrucción nacional, o el fortalecimiento de las instituciones, sino que incluso perseguían el fraccionamiento de Irak. Un panorama desalentador que hizo que los parlamentarios estadounidenses encargados de elaborar un informe de carácter no partidista, no tuviesen más remedio que reconocer que: “algunos de los más poderosos y mejor posicionados líderes no están trabajando hacia un Irak unido” (Baker et al, 2006: 19). Así, por ejemplo, algunos altos cargos del Gobierno iraquí utilizaron sus posiciones para implementar una “limpieza étnica” de perfil bajo (Ricks, 2009: 142-3). Un buen ejemplo es el caso del ministro de Finanzas, el cual prohibió que los bancos pudiesen operar en las áreas de población suní. Ello implicaba que sus habitantes tenían que guardar grandes cantidades de dinero en sus casas y, por consiguiente, podían ser fácilmente robados; o tenían que desplazarse hasta un banco en otro barrio, donde tenían que pasar necesariamente por un puesto de control chií, donde les era arrebatado el dinero. Sucedió lo mismo con el suministro energético, que discriminaba los barrios de Bagdad según su composición religiosa: 22 horas para los barrios chiíes, y sólo un par de ellas para los suníes, lo que les impedía utilizar sus refrigeradores, y les obligaba a acudir a los mercados a diario, los cuales estaban situados en los barrios chiíes.

Amplios sectores de la población, especialmente los suníes, no tuvieron más remedio que contemplar el nuevo régimen político como un instrumento estadounidense para excluirlos del poder, a favor de chiíes y kurdos, lo que reforzó su determinación de luchar contra el nuevo proceso político, apostando por la insurgencia violenta. Se trataba, por tanto, de una sociedad fragmentada y repleta de odios soterrados, sobre los que resultaría prácticamente imposible construir un sistema político basado en la representación igualitaria. La implantación de la democracia en sociedades fragmentadas por grupos primarios donde no existe movilidad transforma los procesos electorales en meros instrumentos para traducir en poder la mayoría demográfica de algunos de estos grupos. En este sentido, las identidades más numerosas (como los chiíes) encontraron en la democracia la forma de alcanzar y perpetuar su dominio sobre la base de su mayoría numérica, mientras que las identidades menores contemplaron con horror cómo la democracia supondría una permanente “tiranía de la mayoría”, la pérdida perpetua del poder por parte de sus grupos.

Una sociedad como la que dejaba atrás Sadam sólo era capaz de generar adhesiones hacia la democracia entre aquellos que podrían beneficiarse directamente del nuevo sistema. Sin embargo, ni siquiera entre los grupos predominantes existía la voluntad sincera de aceptar unos resultados o moldear los procedimientos electorales que pusieran en duda la nueva situación de acceso al poder. En este sentido, la celebración de elecciones en diciembre de 2005 se convirtió en parte del problema, y no en la solución.

LA RECURRENTE IMPORTANCIA DEL ESTADO

El Estado ha sido la institución política capaz de satisfacer de manera más eficaz la necesidad primaria del hombre por la seguridad. Se trata de un logro difícilmente apreciable desde la óptica de las modernas sociedades posmaterialistas, donde la seguridad física dejó hace tiempo de considerarse como un bien que debe ser proporcionado. Sin embargo, la ausencia de violencia ilegítima dentro del territorio del Estado, o mejor dicho, su pervivencia dentro de unos límites tolerables, ha sido fruto de un difícil y prolongado proceso de “monopolización” de la violencia. La construcción de los modernos estados fue el resultado de una lucha encarnizada contra la resistencia de todo tipo de grupos armados, que se negaban a perder su capacidad para retener y usar sus recursos de fuerza (Jordán et al., 2005). Sin embargo, no en todos los países del mundo, el Estado alcanzó su plena consolidación. Este resultado sólo fue posible en un reducido número de países, mayoritariamente europeos.

Irak constituye un claro ejemplo de Estado que, al culminar de manera ciertamente exitosa su proceso de consolidación y monopolización de la fuerza dentro de su territorio, inicia con posterioridad un proceso inverso hacia la desintegración política y la “privatización” de la violencia. A la altura de la invasión estadounidense en 2003, el entramado institucional iraquí podía catalogarse abiertamente de “Estado fallido”. Las instituciones habían quedado seriamente debilitadas como consecuencia de las derrotas militares, y de la política de contención y sanciones impuesta por la sociedad internacional, lo que había convertido al Estado en un actor incapaz de ejercer su soberanía sobre la totalidad del territorio. Asimismo, su capacidad para ejercer influencia y cosechar adhesiones entre la población había quedado dañada. La bonanza generada por los altos precios del petróleo a finales de los setenta había permitido al régimen de Sadam generar un Estado paternalista y clientelar capaz de cubrir buena parte de las necesidades de sus habitantes. La implantación de un modelo económico pseudosocialista había dado como resultado la expansión de un mastodóntico sector público encargado de la fabricación y gestión de los productos y servicios más variopintos. Se trataba de una economía completamente corrupta e ineficaz, fuertemente subvencionada, e incapaz de subsistir de manera autónoma, pero que, sin embargo, había sido artificialmente sostenida durante décadas empleando los beneficios obtenidos por la venta del crudo. Así por ejemplo, el precio de los fertilizantes estaba tan subvencionado que la mayoría de los agricultores vendían su asignación a Siria o Jordania, ya que este contrabando era mucho más rentable que sembrar (Chandrasekaran, 2008: 136).

La visión utilitarista de la política por parte de la sociedad iraquí dio como resultado un proceso de desafección política que evolucionaba de manera paralela a la incapacidad del Estado para proporcionar bienes y servicios. De ese modo, el Estado como institución fue generando progresivamente la imagen de una institución cuyo cometido

casi único era la represión política y el mantenimiento de los privilegios de la élite en el poder. Esta situación se vio agravada por el vacío de poder creado como consecuencia de la ofensiva militar estadounidense, la cual fue capaz de decapitar y aislar de manera simultánea los centros de decisión y coordinación del Estado iraquí. Se produjo un verdadero cortocircuito en los canales de información dentro del entramado institucional, y sus miembros, al igual que los componentes del aparato militar, emprendieron una desbandada para observar desde la seguridad de sus hogares el desarrollo de los acontecimientos. El resultado fue una evaporación espontánea del Estado iraquí que durante días dejó al país sumido en una auténtica situación de anarquía y desgobierno. La falta de previsión estadounidense (Isikoff et al., 2007) sobre cómo reaccionar en ese contexto, junto al mandato de sus tropas de no inmiscuirse en la seguridad civil, y primar ante todo la autoprotección, dieron paso a una terrible ola de saqueos, destrucción y violencia criminal. El transcurso de varios días de una completa ausencia de orden público minó profundamente la confianza interpersonal de la población iraquí, y se abrió el camino a la emergencia de formas de autoridad política alternativas al Estado como las milicias, las mezkitas o los consejos tribales.

La falta de seguridad fue agravada aún más si cabe por las primeras decisiones adaptadas por las nuevas autoridades estadounidenses (CPA), las cuales decretaron la disolución del Ejército iraquí y del partido Baaz, y se inició un proceso de depuración de los funcionarios y miembros de las agencias estatales que compartiesen esa afiliación. Dicha orden eliminó la posibilidad de reconstruir el ya de por sí frágil Estado iraquí y vetó el componente humano que con anterioridad a la invasión había dado cierta continuidad a esta institución política. El maximalismo moral de los ideólogos de esta invasión les hizo pensar que para hacer viable la democracia y despertar la confianza de los ciudadanos, el Estado debía estar libre de los sujetos implicados en los crímenes de Sadam o en cualquier tipo de actividad represora. Sin embargo, esta orden ignoraba deliberadamente la lógica de actuación y de control social del partido Baaz, el cual se había convertido en el único instrumento de ascenso social dentro del Irak de Sadam. Decenas de miles de iraquíes se habían sumado a esta organización política con el único deseo de acceder a puestos de trabajo y a oportunidades de progreso económico y educativo, que estaban vedados a los iraquíes ajenos a la organización. Con esa decisión, no sólo se apartó del aparato administrativo a los leales a Sadam, sino también a una amplísima capa de profesionales de todos los ámbitos, que desposeyó el aparato estatal de la posibilidad de ser eficaz a corto plazo.

Si bien esto supuso una importantísima rémora para el proceso de construcción estatal, desde la óptica de la seguridad, la decisión de disolver el Ejército y los aparatos de seguridad fue aún más dramática, ya que despojó de manera definitiva de su sustento a cientos de miles de iraquíes entrenados en el manejo de armas y explosivos, los cuales regresaron a sus casas henchidos de deseo de venganza, alimentando hasta lo inimaginable

las capacidades de reclutamiento de la incipiente insurgencia. Por otro lado, la rápida degradación de las condiciones de vida de la población iraquí hizo que la Administración provisional estadounidense tuviera que hacerse cargo del restablecimiento y gestión de los servicios básicos que hasta el momento había desempeñado el desaparecido Estado. El proceso de restablecimiento de los servicios de suministro de electricidad, alcantarillado, limpieza, recogidas de basuras y otros por parte de una estructura política *ad hoc* fue tremendamente complejo, y no consiguió restaurar los niveles de servicio previos a la guerra hasta transcurridos varios años (Baker et al. 2006). Este empeño, plenamente justificado por la necesidad apremiante de prestar una serie de servicios elementales a la población, supuso una *succión* de las capacidades del nuevo Estado iraquí, lo que a la larga supuso la paradoja de que el suministro directo de los servicios por parte de los norteamericanos acabó menoscabando la posibilidad de que el Gobierno autóctono pudiese proporcionar esos mismos servicios una vez finalizada la fase de administración de los ocupantes (Fukuyama, 2004). Una dependencia que se ha prolongado incluso tras el traspaso formal de plenas competencias al nuevo Gobierno iraquí, y que erosiona la legitimidad del nuevo Estado como ente capaz de realizar sus atribuciones más elementales.

La debilidad estructural del Estado tuvo un reflejo directo en el estancamiento y degradación de la actividad económica. El punto de partida era sin duda muy precario. La economía iraquí había sido sacudida por varias décadas de problemas: en los setenta se organizó bajo la forma de un Estado policial; en los ochenta se adaptó a los requisitos de una economía de guerra, y en los noventa quedó fuertemente dañada por las sanciones internacionales y los intentos del régimen por evadir el cerco internacional. La estructura económica giraba básicamente sobre la extracción de petróleo, pero incluso estas capacidades se habían visto mermadas como consecuencia de la falta de inversiones en el mantenimiento y modernización de sus infraestructuras. La apertura a los mercados internacionales tras el fin de las sanciones no pudo ser aprovechada para aumentar los ingresos como consecuencia de la ola de violencia terrorista e insurgente, la cual hizo descender los niveles de exportación a sus niveles más bajos. Así, por ejemplo, a mediados de 2006, se calculaba que la inflación superaba el 25%, y el paro afectaba al 40% de la población (Brookings Institute, 2006).

El descenso de la actividad económica no puede ser compensado con la puesta en marcha de otros sectores. La situación de inseguridad, la rampante corrupción y la debilidad del sistema judicial habían convertido los derechos de propiedad en una mera ficción. Ni los iraquíes, ni los posibles inversores extranjeros se mostraron dispuestos a arriesgar su dinero en un contexto de total incertidumbre sobre el futuro. Esta situación se vio agravada por la amenaza terrorista, que había puesto en su objetivo cualquier empresa o país que colaborase en el proceso de reconstrucción; este factor agravó los costes de operar en Irak, debido a la necesidad de invertir grandes cantidades de dinero en seguridad privada, el pago de rescates y el reemplazo del equipo destruido. En conse-

cuencia, observamos que el proceso de democratización, lejos de verse respaldado por un auge económico capaz de generar una prosperidad que empujase a la ciudadanía a la participación política tras la satisfacción de sus necesidades más elementales, sufrió así un nuevo varapalo en la medida en que fue identificado con más pobreza e incertidumbre.

SOBRE EL MONOPOLIO DE LA FUERZA

El desarrollo de los acontecimientos tras la invasión constituye un clarificador ejemplo de la trascendental importancia de la seguridad como requisito previo para el logro de cualquier meta de tipo político. La extensión de un salvaje caos tras la desintegración de la autoridad política condujo a los iraquíes a priorizar el logro de la seguridad física por encima de cualquier otro bien. El discurso estadounidense sobre la necesidad de una rápida transformación democrática fue recibido por los iraquíes como un sarcasmo, dentro de un contexto donde la criminalidad común, la acción del terrorismo y los daños ocasionados por los combates militares se estaban cobrando cientos de víctimas civiles diarias.

La población empezó a dirigir su lealtad hacia entes alternativos que se encargaron de satisfacer las necesidades básicas de seguridad. Esta espiral de desintegración política dio lugar a la aparición y consolidación de las milicias como un actor político con capacidad para rivalizar y poner en entredicho la legitimidad del Estado iraquí. Las distintas milicias tuvieron una composición y objetivos considerablemente plurales. Algunas de ellas se constituyeron sobre la base de autorepresentación política y protección de sus respectivas tribus. Otras se erigieron sobre el principio de un determinado liderazgo religioso, y otras se constituyeron como plataformas sectarias para luchar por el poder. Si bien muchas de estas organizaciones surgieron como alternativas de autoprotección frente a la ineficacia de las tropas ocupantes y el eximio Estado iraquí, su mera existencia constituía un obstáculo insalvable para la consolidación de la autoridad estatal. Buena parte de estas milicias recibieron un importante nivel de respaldo popular (Schwarz, 2007), debido a su capacidad (generalmente a través de un uso expeditivo de más violencia) para ofrecer seguridad a las áreas donde estaban implantadas. Otras se convirtieron en meros “escuadrones de la muerte”, cuyo principal cometido era “limpiar” sus respectivos barrios de rivales políticos o religiosos. El volumen de población afectada por esta “homogeneización forzosa” de los barrios iraquíes alcanzó unos niveles catastróficos, cercanos a los 1,6 millones de desplazados según datos de Naciones Unidas (Baker, 2006). Algunos de estos grupos resultaban difícilmente distinguibles de las organizaciones mafiosas, debido a que un buen número de grupos criminales decidieron afiliarse a las milicias existentes para legitimar sus acciones y reforzar su impunidad.

La existencia de estos actores armados no sólo constituían una negación del principio weberiano sobre la necesidad de que el Estado lleve a cabo un monopolio de la violencia legítima, sino que su implantación suponía un fraccionamiento efectivo del territorio nacional, y la cruenta creación de zonas religiosamente homogéneas, con sus propias normas, representantes políticos e intereses particulares. De hecho, aunque buena parte de estos grupos estuvieron dispuestos a verse envueltos en el proceso político (sobre todo los vinculados con partidos políticos), su participación en las instituciones se llevaría a cabo obviando cualquier tipo de interés común y persiguiendo el fortalecimiento de sus propias organizaciones y ámbitos de poder. De esa forma, los intentos por sumar al proceso de construcción democrática los diferentes actores políticos (generalmente armados), resultó un esfuerzo contraproducente, no sólo por el escaso bagaje negociador de estos grupos, sino porque ninguno de ellos compartía una visión común y solidaria de lo que debía ser el interés nacional del nuevo Irak.

El pernicioso efecto de la acción de las milicias resultó agravado por la injerencia de algunos estados vecinos (Elkhamri, 2007), principalmente Irán, Siria y Arabia Saudí. Todos ellos trataron de fomentar sus respectivos intereses nacionales apoyando a algunas de las diferentes milicias o grupos armados existentes, buscando que en la lucha por el poder en Irak predominase una determinada facción política o religiosa próxima a sus aspiraciones. Dicho respaldo se tradujo en financiación, trasvase de armamento, y adiestramiento y asesoramiento militar. Una relación que convertía a las milicias no sólo en la extensión de un complicado juego de primacía regional, sino que también las invalidaba como actores legítimos capaces de actuar lealmente en un hipotético proceso político democrático. Algunas de estas organizaciones terminaron derivando en movimientos insurgentes cuyo principal objetivo era la expulsión de los ocupantes occidentales. Toda insurgencia tiene que hacer frente a tres desafíos: armarse, financiarse y reclutar a sus efectivos. En el Irak posterior a la invasión, la insurgencia no tuvo especiales dificultades para lograr todos estos desafíos, en gran parte por los continuos errores cometidos por Estados Unidos, el cual permitió a Irak cumplir sobradamente cada una de estas fases (Ricks, 2006).

Durante los primeros años de la ocupación, buena parte de la estrategia estadounidense para la securitización de Irak pivotaba sobre la transferencia progresiva de esos cometidos a un ejército y una policía iraquí de nuevo cuño. Dichos planes asumían que la peligrosa función de pacificar al país sólo podía ser llevada a cabo por unos efectivos plenamente inmersos en la cultura, el idioma y el entorno en el cual tenían que operar. La táctica de integrar efectivos del Ejército y la policía iraquí dentro de las unidades estadounidenses fue progresivamente desplazada por la apresurada formación de unidades totalmente iraquíes a las cuales se les encomendaría el cometido de hacer frente a las milicias, organizaciones terroristas y bandas criminales. Este enfoque podía haber tenido incluso la virtud de emplear al ejército como una “escuela de la nación” (Van Cleveland, 2008), una práctica con una dilatada historia en Occidente, donde el ejército cumplía

el papel de generar entre la población que prestaba servicio en él el imprescindible sentimiento de pertenencia a una única nación. Esto era especialmente necesario en Irak, donde las sucesivas debacles militares y la obsesión de Sadam por combatir supuestas tramas conspirativas domésticas habían transformado al ejército iraquí: de ser uno de los principales ejércitos de la región, se había convertido en una fuerza irrelevante encargada fundamentalmente de la represión de los disidentes y la defensa del régimen frente a los enemigos internos. Esta degradación de las capacidades del Ejército iraquí se había visto acelerada con la decisión de Sadam de crear una serie de fuerzas paramilitares construidas sobre criterios de lealtad política y fanatismo, como los fedayin de Sadam, el ejército Al Quds, y la milicia del partido Baaz, cuyo principal cometido era evitar conatos de rebelión dentro de las propias fronteras del país (Woods et al., 2006).

Sin embargo, el proceso de puesta en marcha de unas fuerzas armadas autóctonas se hizo de manera apresurada, y sin contemplar este instrumento que, a largo plazo, podría contribuir a la cohesión de la población iraquí. Muchas de esas unidades habían sido formadas ateniéndose a criterios de composición étnica o territorial, carecían de una visión de conjunto del país, y, por tanto, eran reticentes a operar en áreas distintas de donde habían sido reclutadas (Baker et al, 2006). Las unidades iraquíes eran sometidas a una breve e insuficiente instrucción militar, y arrojadas a combatir en uno de los entornos más peligrosos y difíciles del planeta. Las primeras unidades del Ejército y la policía creadas fueron rápidamente masacradas. Los insurgentes y grupos terroristas eran capaces de obtener información fiable sobre sus movimientos, y de llevar a cabo osadas operaciones destinadas a aterrorizar a sus efectivos. Así por ejemplo, en la provincia de Dilaya, los insurgentes montaron un falso control policial, sacaron a los 49 soldados iraquíes del autobús donde viajaban y los ejecutaron con disparos a la cabeza. Tras conocerse el episodio, entre un 30% y un 50% de las unidades recién entrenadas se desintegró y sus miembros regresaron aterrados a casa (Woodward, 2006: 487).

La profunda inoperancia de las fuerzas iraquíes no se explicaba únicamente por su incapacidad para operar sin el apoyo logístico, de comunicaciones y de inteligencia proveniente del Ejército estadounidense, sino que su lamentable estado venía explicado por la decisión estadounidense de encomendar el entrenamiento de las nuevas unidades a contratistas privados (Avant, 2006), y poner al frente de las mismas a oficiales americanos, lo que no sólo va en contra de la creación del más mínimo “espíritu de cuerpo” entre los reclutas, sino que tampoco es capaz de generar un sentimiento de lealtad y confianza interpersonal, imprescindible para que una unidad militar pueda resultar efectiva en combate. Así, por ejemplo, un miembro de las milicias del “Ejército del Mahdi” podía estar mal entrenado y equipado, pero sabía por lo que estaba luchando; en cambio, un miembro del Ejército iraquí desconocía si el Gobierno por el que estaba poniendo en peligro su vida seguiría existiendo un año después (Ricks, 2009: 197). La infiltración de las fuerzas armadas, y particularmente la policía, empeoró aún más la situación. Los

cuarteles, comisarias y centros de detención se convirtieron en una dependencia más de las diferentes facciones y milicias. Los iraquíes pudieron percibir que su Ejército, lejos de constituir un instrumento de autoprotección y de imposición del orden, actuaba como un grupo armado más en la lucha sectaria entre chiíes y suníes, recurriendo a todo tipo de prácticas abusivas, corruptelas y torturas. La acción descontrolada de las unidades infiltradas por las milicias erosionó de manera irremediable la credibilidad de las nuevas instituciones estatales, que pasaron a ser percibidas como un contendiente más en la lucha por el control del país.

EL PAPEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Toda democracia necesita sustentarse sobre una sociedad informada y con capacidad de juicio crítico. Dichos objetivos sólo pueden alcanzarse a través de la acción de una pluralidad de medios de comunicación, que actúen en un entorno de libertad, y que sean conscientes de su papel como contrapeso del poder político, y de punto de encuentro entre la ciudadanía y los gobernantes. Sin embargo, la realidad iraquí era igualmente desalentadora en este frente. Los veinticuatro años de dictadura de Sadam dejaban atrás a una sociedad sometida a décadas de la más burda manipulación por parte de los medios de comunicación oficiales, los únicos permitidos.

La eliminación de las barreras a la libertad de prensa tras la caída del régimen dio lugar a una euforia informativa. Los medios de comunicación crecieron de manera explosiva. En junio de 2003, Irak poseía más de 85 periódicos (Byman, 2008b: 613). Una de las adquisiciones más comunes por parte de los iraquíes fue un objeto que hasta el momento había sido totalmente prohibido a la población: una antena parabólica. Los canales panárabes como Al Jazeera o Al Arabiya, hasta entonces prohibidos, empezaron a ser seguidos de manera masiva por la población iraquí. Sin embargo, el repentino protagonismo de los medios de comunicación en la sociedad iraquí no implicó necesariamente un fortalecimiento de la opinión pública, y una preparación de la misma para las exigencias de un proceso político participativo. Por un lado, el deficiente juicio crítico de la sociedad iraquí la hacía especialmente vulnerable a todo tipo de bulos y rumores que tuvieran su origen en los medios. Así, por ejemplo, durante el verano de 2003 grandes sectores de la población creyeron firmemente que se estaba produciendo una compra masiva de propiedades iraquíes por parte de israelíes y judíos de todo el mundo (Byman, 2008: 613).

La autoridad provisional estadounidense decidió ocupar el vacío informativo, poniendo en marcha una serie de iniciativas mediáticas que les permitiesen ganar la “batalla de las mentes y los corazones” de los iraquíes. Sin embargo, esos proyectos no pasaron de ser torpes intentos por mejorar la imagen de los ocupantes, con una programación que se alejaba del universo cultural de la población iraquí. Así, por ejemplo, la CPA empezó pronto a exigir que los canales de televisión creados por la coalición emitiesen íntegras y en directo sus conferencias de prensa, al igual que un programa pagado por el Gobierno británico (*Toward Freedom*), lleno de declaraciones triunfalistas por parte de los funcionarios americanos y británicos (Chandrasekaran, 2008: 164). En poco más de dos años, Estados Unidos puso en marcha, junto a Radio Sawa, las televisiones Al Hurra y Al Iraquiya. Cada uno de estos esfuerzos fue diseñado para incrementar los niveles de popularidad de Estados Unidos. Sin embargo, este objetivo siempre estuvo lejos de lograrse, ya que desde los inicios de la ocupación, cualquier iniciativa informativa occidental fue contemplada por la población musulmana con una enorme suspicacia, lo que dio como resultado unos paupérrimos niveles de audiencia (Garfield, 2007). Por otro lado, también fueron frecuentes las iniciativas informativas domésticas provenientes desde partidos políticos, facciones o milicias armadas, cuyo único objetivo era fomentar las pretensiones de sus respectivos patrocinadores, albergando en ocasiones un discurso incendiario y violento contra las tropas de la coalición o contra otras facciones iraquíes rivales (Hendrickson et al., 2005).

El escaso atractivo que los iraquíes encontraron en la oferta mediática doméstica hizo que estos dirigiesen sus preferencias hacia los canales árabes vía satélite. Sin embargo, esta alternativa planteaba una serie de problemas para la democratización del país. Por un lado, el complejo panorama político y el extendido autoritarismo político de Oriente Medio tienen su reflejo en los medios de comunicación de la zona. Buena parte de esos canales eran fieles transmisores de la agenda política marcada por sus respectivos gobiernos, lo cual implicaba una información de la realidad iraquí acorde con esos intereses particulares de sus respectivos regímenes políticos, ninguno de los cuales poseía una naturaleza democrática, incluyendo incluso al Estado de Qatar, propietario de la cadena Al Jazeera (El-Kanawy et al., 2002; Miles, 2005). Por tanto, los iraquíes lejos de encontrar en estos medios un relato que facilitase el proceso de transformación política de Irak, sólo pudieron recibir una interpretación de la realidad cuya principal conclusión era la imperante necesidad de expulsar a los ocupantes estadounidenses por encima de cualquier otro objetivo. Un buen número llegaban incluso a albergar un discurso desplacente y legitimador de la violencia insurgente y terrorista dentro de Irak (Torres, 2008), lo que dificultaba aún más el acomodo a la nueva situación.

CONCLUSIONES

Sin duda, la cultura política predominante en una sociedad es un elemento clave para poder entender los factores que favorecen u obstaculizan los procesos de democratización política. Buena parte del debate teórico sobre la democracia ha girado, y sigue girando, sobre la importancia que tienen las percepciones y orientaciones sobre la política que son compartidas en una determinada sociedad. En esta línea, ha sido recurrente plantear un interrogante acerca de si es viable la democracia en sociedades donde el islam influye profundamente en los valores y las orientaciones políticas de la población. Si bien es innegable la relevancia del elemento más *inmaterial* de la política, en este trabajo mantenemos la tesis de que la viabilidad de la democracia está profundamente vinculada a la existencia de una serie de condiciones y estructuras políticas y sociales, que no están directamente relacionadas con la existencia de un determinado sistema de valores. Se trata de un conjunto de factores fácilmente identificables, cuya validez se extiende a todos los países, independientemente de su cultura política, religión y bagaje histórico.

La invasión de Irak en 2003 y el posterior periodo de ocupación occidental y sus intentos de democratización nos proporcionan una serie de lecciones sobre la viabilidad de la democracia:

a) Los procesos de democratización auspiciados por la injerencia directa de un tercer país difícilmente pueden prosperar debido a su déficit de legitimidad. La apertura política que conduce a la democratización es un proceso arriesgado que puede ocasionar la caída del país en una espiral de inestabilidad y desintegración (Bremer, 2007). Liderar este proceso exige utilizar enormes dosis de “capital político” por parte de las elites gobernantes. La obtención de dicho capital es un proceso arduo y que exige tiempo. La legitimidad del ejercicio del poder está estrechamente vinculado a las percepciones de la población sobre las intenciones del gobernante. Unas motivaciones que son puestas en duda cuando la población sospecha de que sus gobernantes son la mera extensión de una potencia ocupante con intereses directos en el proceso de democratización.

b) La existencia de un Estado plenamente consolidado es una condición básica para iniciar un proceso de democratización. La democracia es una forma de gobierno que nace históricamente bajo la sombra de estados fuertes, capaces no sólo de extender su autoridad sobre la totalidad de su territorio, sino también de concitar la adhesión de su población. En este sentido, la democracia sólo es viable si tiene desarrollo dentro de un marco institucional sólido, que permita a la población

entender que el Estado no sólo tiene una continuidad, sino que trasciende a la autoridad de los gobernantes que, de manera circunstancial, han llegado al poder a través de procesos electivos. La democracia queda condenada al fracaso cuando la población identifica al Estado como un contendiente más en la lucha por el poder.

c) Debe existir un monopolio real de la fuerza por parte del Estado, y unas condiciones mínimas de seguridad para toda la población. La política como actividad humana enfocada al interés público sólo es posible cuando la población ha satisfecho sus necesidades individuales más elementales, entre ellas la protección de su propia vida. La acción política democrática resulta claramente falsa si el principal objetivo que motiva la acción de los ciudadanos es conservar la vida. En un entorno de inseguridad generalizada resulta inevitable el surgimiento de actores armados que rivalizan con el Estado a la hora de obtener la adhesión de la población.

d) La existencia de unos umbrales mínimos de bienestar material no sólo crea las condiciones básicas para que los ciudadanos se involucren en actividades diferentes a la subsistencia, sino que les dota de una autonomía personal, y una mínima independencia frente a las derivas populistas y demagógicas de los actores políticos.

e) La democracia sólo es posible si esta se asienta sobre una comunidad política cohesionada y una identidad común, que les permita entender que todos los actores implicados en el juego político persiguen desde diferentes perspectivas un mismo interés común. Esta es la condición básica para que la pugna política no sea percibida como una lucha por la supervivencia personal y grupal. Las sociedades divididas en múltiples identidades irreconciliables perciben la pluralidad política dentro de sus sociedades como el establecimiento con carácter perpetuo de unas determinadas relaciones de poder, donde los perjudicados carecen de instrumentos para revertir esa situación.

f) La naturaleza del sistema democrático exige una opinión pública madura, con unos niveles mínimos de formación que les permita entender la complejidad de los procesos políticos, y obrar en consecuencia. Igualmente necesita el concurso de unos medios de comunicación responsables que entiendan que su misión es controlar el poder político, informar a la ciudadanía y servir de “espacio público” del debate democrático.

Referencias bibliográficas

- ANONYMOUS (Michael Scheuer). *Imperial Hubris. Why the West is losing the War on Terror*. Washington D.C.: Brassey's Inc, 2004.
- AVANT, Deborah D. "The Privatization of Security: Lessons from Iraq". *Orbis*, Vol. 50, No. 2 (Primavera 2006). P. 327-342.
- BAKER II, James y HAMILTON, Lee (Co-Chairs). *The Iraq Study Group Report: The Way Forward a New Approach*. Washington D.C: First Vintage Books Edition, 2006.
- BAKER, Pauline H. "Lessons Learned From Iraq: Where Do We Go From Here? 2003-2006". *Iraq as a Failed State Report #6 -The Fund for Peace* (diciembre 2006): <http://www.fundforpeace.org/web/images/pdf/iraq-report06.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- BERGEN, Peter y CRUICKSHANK, Paul. "The Iraq Effect. The War in Iraq and its Impact on the War on Terrorism". *Mother Jones* (marzo 2007): http://www.motherjones.com/news/featurex/2007/03/iraq_effect_1.html [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- BREMER, Ian. *La curva J. Una manera de entender por qué ascienden y caen las naciones*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2007.
- BUSH, George W. "Declaraciones del Presidente sobre la guerra contra el terrorismo". The White House. Office of the Press Secretary, Fort Bragg, Carolina del Norte, (28 de junio de 2005): <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/06/20050628-7.es.html> [Consulta: 1 de junio de 2007].
- BYMAN, Daniel. "Five Bad Options for Iraq". *Survival*. Vol. 47, No. 1 (primavera 2005). P. 7-32.
- BYMAN, Daniel. "An Autopsy of the Iraq Debacle: Policy Failure or Bridge Too Far?". *Security Studies*. Vol. 17, No. 4 (octubre 2008). P. 599-643.
- CHANDRASEKARAN, Rajiv. *Vida imperial en la ciudad esmeralda. Dentro de la zona verde de Bagdad*. Barcelona: RBA, 2008.
- DIAMOND, Larry; PLATTNER, Marc y BRUMBERG, Daniel (eds.). *Islam and Democracy in the Middle East*. Washington D.C.: Johns Hopkins University Press, 2003.
- EL-KANAWY, Mohamed y ISKANDAR, Adel. *Al-Jazeera. How the Free Arab News Network Scooped the World and Changed the Middle East*. Nueva York: Westview Press, 2002.
- ELKHAMRI, MOUNIR. "Iran's Contribution to the Civil War in Iraq". *The Jamestown Foundation Occasional Papers*. (Enero de 2007): <http://www.jamestown.org/uploads/media/Jamestown-IranContributionIraq.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- FUKUYAMA, Francis. *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona: Ediciones B, 2004.
- GARFIELD, Andrew. "The U.S. Counter-propaganda Failure in Iraq". *Middle East Quarterly*. Vol. XIV, No. 4 (2007). P. 23-32: <http://www.meforum.org/article/1753> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- HENDRICKSON, David C. y TUCKER, Robert W. "Revisions in Need of Revising: What Went Wrong in the Iraq War". *Survival*. Vol. 47, No. 2 (verano 2005). P. 7-32.
- HOFFMAN, Bruce. "Insurgency and Counterinsurgency in Iraq". *RAND Corporation Occasional Paper* (junio de 2004). P. 3: http://www.rand.org/pubs/occasional_papers/2005/RAND_OP127.pdf [Consulta: 6 de marzo de 2009].

- INGLEHART, Ronald y WELZEL, Christian. "How Development Leads to Democracy". *Foreign Affairs*. Vol. 88, No. 2 (marzo/abril 2009). P. 33-49.
- ISIKOFF, Michael y CORN, David. *Hubris. The Inside Story of Spin, Scandal, and the Selling of the Iraq War*. Nueva York: Three Rivers Press, 2007.
- JERCH, Martin. "La promoción de la democracia en el Mediterráneo: consideraciones sobre los cambios políticos en los países árabes". En: GARRIDO REBOLLEDO, Vicente y LÓPEZ BUENO, José María. *La Unión Europea y el Mediterráneo: Desarrollo, Comercio y Política Euromediterránea*. Madrid: Universidad Francisco de Vitoria – FHIMADES, 2008. P. 167-184.
- JORDÁN, Javier y CALVO, José Luis. *El nuevo rostro de la guerra*. Pamplona: Eunsa, 2005.
- LUKITZ, Liora. *Iraq: the search for national identity*. London: Routledge, 1995.
- MILES, Hugh. *Al- Jazeera. How Arab TV News Challenged the World*. London: Abacus, 2005.
- POLLACK, Kenneth M. "The Seven Deadly Sins of Failure in Iraq: a Retrospective Analysis of the Reconstruction". *Meria Journal*. Vol. 10, No. 4 (diciembre 2006): <http://meria.idc.ac.il/journal/2006/issue4/jv10no4a1.html> [Consulta: 6 de marzo de 2009]
- RICKS, Thomas E. *Fiasco. The American Military Adventure in Iraq*. Nueva York: The Penguin Press, 2006.
- RICKS, Thomas E. *The Gamble. General Petraeus and the American Military Adventure in Iraq, 2006-2008*. Nueva York: The Penguin Press, 2009.
- SCHWARZ, Anthony J. "Iraq's Militias: The True Threat to Coalition Success in Iraq". *Parameters*, Vol. XXXVII No. 1 (primavera 2007). P. 55-71: <http://www.carlisle.army.mil/USAWC/PARAMETERS/07spring/schwarz.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- SINGER, Peter W. "Can't Win With 'Em, Can't Go To War Without 'Em: Private Military Contractors and Counterinsurgency". *Brookings Policy Paper*. No. 4 (septiembre 2007): <http://www.brookings.edu/~media/Files/rc/papers/2007/0927militarycontractors/0927militarycontractors.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- THE BROOKINGS INSTITUTE. "Iraq Index" (30 de octubre de 2006): <http://www.brookings.edu/fp/saban/iraq/index20061030.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- TORRES, Manuel R. "La influencia de la ideología neoconservadora en la gestación y conducción de la guerra de Irak". *UNISICI Discussion Papers*, No. 15 (octubre 2007). P. 293- 312: <http://www.ucm.es/info/unisci/revistas/UNISICI15FULL.pdf> [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- TORRES, Manuel R. "Terrorism and the Mass Media after Al Qaeda: A change of Course?". *Athena Intelligence Journal*. Vol. 3, No. 2 (abril-junio 2008). P. 1-19: http://www.athenaintelligence.org/Al_Qaeda_and_the_Mass_Media-_Athena.pdf [Consulta: 6 de marzo de 2009].
- VAN CREVELD, Martin. *The Changing face of War. Combat from the Marne to Iraq*. Nueva York: Presidio Press, 2008.
- WOODS, Kevin; LACEY, James y MURRAY, Williamson . "Saddam's Delusions: The View from the Inside". *Foreign Affairs*. Vol. 85, No. 3 (mayo/junio 2006). P. 2-26.
- WOODWARD, Bob. *Negar la evidencia*. Barcelona: Belacqva, 2006.